

lante que no cesa, con la cual observa los eventos de la enfermedad, y que le permite duplicar cada afección corporal con su eco en la consciencia. Montaigne no se olvidó de gustar la vida, con la misma atención que prestaba al mundo y a los libros, a la voz de los amigos más cercanos y a los lamentos más lejanos. Escuchó a su cuerpo con la misma apasionada intensidad con la cual algunos de nuestros contemporáneos, los que reducen el universo a este último refugio de la angustia y el gozo viscerales.

* * *

Pero no se detiene allí, todavía, la actividad del ensayo. Lo que se pone a prueba, precisamente, es el poder de ensayar, de poner a prueba, la facultad de juzgar y de observar. Para cumplir plenamente con la ley del ensayo, el ensayista debe ensayarse a sí mismo. En cada ensayo dirigido a la realidad externa o a su cuerpo, Montaigne experimenta sus propias fuerzas espirituales, su vigor y su insuficiencia. Éste es el aspecto reflexivo, la vertiente subjetiva del ensayo, en el cual la consciencia de sí se despierta como una nueva instancia del individuo, instancia que juzga la actividad del juicio, que observa la capacidad del observador. Desde su aviso *Al lector*, abundan las declaraciones en las que Montaigne asigna un papel primordial al estudio de sí, a la autocomprensión, como si el beneficio buscado por la consciencia fuera echar luz sobre el yo, para sí mismo. En la historia de las mentalidades, la innovación es tan importante que se ha complacido en saludar en los *Essais* el advenimiento de la *pintura del yo*, al menos en lengua vulgar. En efecto, Montaigne fue precedido por los autobiógrafos religiosos y por Petrarca, pero en latín. En esto se advirtió su principal mérito, su novedad más tocante. Pero lo que importa es remarcar que Montaigne no nos ofrece ni un diario íntimo, ni una autobiografía. Se pinta mirándose al espejo, es cierto, pero más a menudo todavía, se define indirectamente, como olvidándose, expresando su opinión. Se pinta con toques dispersos con motivo de asuntos de interés general: la presunción, la vanidad, el arrepentimiento, la experiencia. Se pinta hablando de la amistad y la educación, se pinta meditando sobre la razón de Estado, evocando las matanzas de los indios, cuestionando las confesiones obtenidas bajo tortura en los procesos criminales. En el ensayo según Montaigne, el ejercicio de la reflexión interna es inseparable de la inspección de la realidad exterior. Después de haber abordado las cuestiones morales, escuchado las sentencias de los autores clásicos, afrontando los desgarros del mundo actual, al tratar de comunicar sus *cogitaciones*, se descubre consustancial a su libro, ofreciendo una representación indirecta de él mismo, que sólo pide completarse y enriquecerse: «Yo soy la materia de mi libro».

A los que reprochan a Montaigne su complacencia egocéntrica (efectivamente, escribió «Me enrollo en mí mismo», bella imagen del repliegue narcisístico) hay que observarles que a menudo olvidan reconocer la contrapartida de este interés dirigido al espacio interior: una infinita curiosidad por el mundo exterior, por la proliferación de lo real y por los discursos contradictorios que pretenden explicarla. Es a partir de aquí desde donde se siente reconducido hacia sí mismo, es decir, hacia las certezas inmediatas de la vida personal: espíritu, sentidos y cuerpo, estrechamente mezclados. Define su libro como «un registro de los ensayos de mi vida», como si no hubiese tenido otra preocupación que escucharse vivir, sufrir, gozar, en una interrogación continua. Pero los ensayos de su vida, al desbordar su existencia individual, conciernen a la vida de los otros, que él no puede separar de la suya. Me gustaría que los hombres de nuestro tiempo recordaran la sugestión de Montaigne: «Hay que tomar partido por aplicación de un designio... Y mi palabra y mi fe son piezas de este cuerpo común que está presente: su mejor efecto, lo doy por sentado, es el servicio público». A continuación, fija sus condiciones: «No siempre es placentero para un hombre de bien servir a su rey y a la causa general de las leyes». Y más aún: «Es pagar cara una conjetura hacer quemar vivo a un hombre». He allí, pronunciadas claramente y en alta voz, las lecciones de compromiso, de resistencia civil, de tolerancia. Lo que está en cuestión no es aquí el autorretrato, sino la obligación cívica y el deber de humanidad. Sólo en unas propuestas tan generales y que tocan tan vivamente al lector que aún hoy nos comprometen a una decisión moral, Montaigne se expresa por añadidura, y sabe que lo hace. Al igual que he visto la experiencia del mundo en el mismo origen de la mirada introspectiva, reconozco el paso, la voz, el gesto de Montaigne y sobre todo su experiencia interior, de la insuficiencia de la razón especulativa, cuando enuncia de una manera tan persuasiva una regla de conducta que concilia la «amistad que cada quien se debe» y la amistad que debemos a todos los hombres y, más ampliamente todavía, a cuanto vive. ¿Habría ejercido Montaigne semejante seducción en el curso de las generaciones, sobre tantos lectores y escritores, si no hubiera hallado el secreto de conjugar la confidencia personal, la experiencia de los libros y los autores y, sobre pruebas directamente ensayadas, el aliento a la compasión, al valor sin fanfarronería, al legítimo y reconocido gozo de vivir? Reunir de tal manera la vertiente objetiva y la subjetiva del ensayo no es tan fácil y Montaigne no lo consiguió de una sola vez. He creído haber podido mostrar al menos tres tipos de relaciones con el mundo experimentadas por él, al ritmo de un movimiento repetido, como el de un pasacalle o una chacónna. La dependencia sufrida, luego la voluntad de independencia y reapropiación, finalmente la interdependencia aceptada y «los oficios mutuos».

Para terminar, hay un último ensayo que debo mencionar, un ensayo acumulativo. La última puesta a prueba es el ensayo del habla y la escritura, que reúne las tres suertes de ensayos que acabo de evocar, que les da forma y los reagrupa. Escribir, para Montaigne, es, de nuevo y una vez más, ensayar, con fuerzas siempre renovadas, con un impulso primario y primigenio, para tocar al lector en lo vivo y arrastrarlo a pensar y a sentir más intensamente. A veces, para sorprenderlo, escandalizarlo y provocar su réplica. Montaigne, escribiendo, quería conservar algo de la viva voz, y sabía que «el habla pertenece por mitades a quien dice y a quien escucha».

El ensayo culmina, entonces, en Montaigne, en los abandonos y las astucias del lenguaje, en los entrelazados de los hallazgos y los préstamos, en los añadidos que afluyen y enriquecen, en el bello efecto de las sentencias, en el desaliño y el desgaire dirigido de las digresiones, que forman prolongaciones multiplicables.

Se ha creído, muy erróneamente, que se puede abrir el volumen de Montaigne en cualquier página, y leer dos o tres frases, a pequeños sorbos, siempre con sorpresa y provecho. Montaigne, por el contrario, no es un autor del que se deba aprovechar más que de otros. Cada capítulo y —Butor lo ha mostrado muy bien— cada libro, y la obra en su conjunto, poseen una estructura, un plan arquitectónico disimulado. Pero en cada página, en cada párrafo, es verdad, la arista es tan afilada y el golpe tan decidido, que sentimos estar en el tiempo de la partida, del comienzo. Tal es la suerte merecida por los libros cada una de cuyas frases ha sido escrita con placer.

Quisiera insistir, para completar mis definiciones, en un punto capital. El ensayo es el género literario más libre. Su ejecutoria podría ser la frase de Montaigne que ya he citado: «Voy inquiriendo e ignorando». Agregaría por mi cuenta: sólo un hombre libre o liberado puede inquirir e ignorar. Los regímenes serviles prohíben inquirir e ignorar o, al menos, reducen estas actitudes a la clandestinidad. Estos regímenes intentan imponer a todos un discurso sin fallas y seguro de sí, que nada tiene que ver con el ensayo. La incertidumbre es, a sus ojos, un indicio sospechoso.

Roger Caillois, hablando de las dificultades que encontró como redactor jefe de *Diogenes*, revista internacional de filosofía y de ciencias humanas, me decía que recibía desde los países totalitarios unos textos que podían considerarse como informes, procesos verbales, declaraciones de principios, comentarios al dogma, pero nunca ensayos, en tanto el ensayo supone riesgo, insubordinación, imprevisión, peligrosa personalidad. Creo que la condición del ensayo, y su materia misma, es la libertad del espíritu. La fórmula puede parecer un tanto enfática, pero la historia contemporánea, por desgracia, se encarga de enseñarnos que es un bien no compartido comúnmente.

Vuelvo sobre algunas preguntas más apremiantes. Pascal, criticando a Montaigne, aunque reconociéndole sus méritos, lo calificaba de incomparable y es verdad que Montaigne ha sostenido una apuesta: aparecer como único. No por ello nos dispensa de compararnos con él y de preguntarnos humildemente a nosotros, los modernos que escribimos ensayos –y hasta ensayos sobre Montaigne ¿por qué no?– si hemos sabido conservar, practicando el ensayo, la preocupación por el riesgo, la apertura y los sentidos múltiples, de todo lo cual nos ofrece ejemplos. Me pregunto: ¿he ido al encuentro de mi mundo como Montaigne fue al encuentro del suyo? He tenido el deseo de hacerlo, pero apenas lo he cumplido de manera indirecta, por reacción, a través de Kafka, Rousseau y Montaigne, o de los emblemas revolucionarios y la edad neoclásica. He creído que se podía ayudar a los hombres de hoy hablándoles de las obras lejanas y olvidadas, traicionadas, del cual nuestro mundo, no obstante, ha surgido. ¿He tenido la audacia de presentarme, como Montaigne, «de pie y acostado, por delante y por detrás, a izquierda y a derecha, en todos mis recodos naturales»? Aquí también, lo confieso, he vacilado en seguir su ejemplo, salvo en la manera, también indirecta, de hablar de sí mismo hablando de otro, lo cual es inevitable. ¿No dijo Montaigne: «Todo movimiento nos descubre»? Pero pienso, por ejemplo, en Marcel Raymond, que supo abandonar el ensayo crítico por la poesía, el diario íntimo y la autobiografía. La obra crítica, tributaria de otra obra a comentar, era un marco demasiado estrecho para lo que tenía que decir en nombre propio y conforme a la autoridad de su experiencia íntima.

Montaigne, argumentaba, a su manera, citándolos puntualmente, sobre los autores que había leído; no se ligaba a ninguno, salvo para compararlos cuando le daba gusto hacerlo, evaluando en algunos párrafos sus respectivos méritos. Hay en Montaigne literatura comparada, crítica literaria. Montaigne se sirvió de Plutarco y de Séneca sin escribir un libro, siquiera un capítulo, sobre ninguno de ambos. Su estética es la mezcla. Pero el ensayo literario, tal como se lo practica habitualmente hoy, se sirve de ella de otra manera: sigue el paso de un solo escritor, lo sigue en sus movimientos, se instala en su consciencia, lo escucha de modo privilegiado, etc. La comparación, decididamente, no nos resulta favorable. ¿No hay, por nuestra parte, una vitalidad menor, un gusto más restrictivo por el orden y la unidad intelectual?

Hay que reconocer que el ensayo crítico actual deriva, en ciertos aspectos, de la glosa, del comentario, de esta «interpretación de las interpretaciones» de la cual ya se burlaba Montaigne, no sin ironizar un poco sobre sí mismo. Pero es verdad que nuestro paisaje es diferente. ¿Cómo podría ignorar un ensayista contemporáneo la presencia masiva de las ciencias humanas, en plural: lingüísticas, sociológicas, psicológicas, etc., que ocu-

pan la mayor parte de la escena intelectual? Y aunque tuviéramos dudas –y las tengo– sobre su pleno carácter científico, y aún sobre su aptitud para encaminar adecuadamente la búsqueda de sentido en una vida o una obra, no puedo abstraerme de lo que me enseñan y que deseo, a la vez, conservar y superar en un esfuerzo cada vez más libre y más sintético. Se trata, como se ve, de sacar el mejor partido de tales disciplinas, de aprovechar todo lo que estén en condiciones de ofrecer y, finalmente, de procurar que avancen, con libertad y reflexión, en su favor y en el nuestro. La tarea, pues, no es quedarnos en lo que las ciencias humanas, con su lenguaje impersonal o aparentemente tal, son capaces de revelar estableciendo relaciones controlables, describiendo estructuras exactas. Éste es el material que deberemos orquestar en nuestra lengua personal, a todo riesgo. Nada disculpa elaborar un saber sobrio y escrupuloso, pero a condición de que dicho saber sea asumido por el placer de escribir y, sobre todo, por el interés vivo con que tomemos la consideración de los objetos del pasado, confrontados con el presente, donde no estamos solos ni queremos estar solos. A partir de una libertad que escoge sus objetos, que inventa su lenguaje y sus métodos, el ensayo, en el límite ideal donde sólo *ensayo* concebirlo, debería saber aliar ciencia y poesía. Debería ser, a un tiempo, comprensión del lenguaje del otro e invención de un lenguaje propio; escucha de un sentido comunicado y creación de relaciones inesperadas en el corazón del presente. El ensayo, que lee el mundo y se da a leer, reclama la puesta en obra simultánea de una hermenéutica y de una audacia aventurera. Cuanto mejor perciba la fuerza actuante de la palabra, mejor actuará en su momento. De ello resulta una serie de exigencias casi imposibles de satisfacer enteramente. Formulémoslas, de todos modos, para terminar, a fin de contar con un imperativo que nos oriente: el ensayo debe siempre estar atento a la respuesta precisa que las obras o los hechos interrogados devuelven a sus preguntas. No debe romper nunca su servidumbre a la claridad y belleza del lenguaje. Por fin, cuando llegue el momento, el ensayo soltará amarras e intentará a su vez ser él mismo una obra, con su propia y temblorosa autoridad.

Jean Starobinski

Traducción de Blas Matamoro